



## **Escuela de dominatrices 5.**

Las veladas en la escuela eran siempre especiales. Cuando no por un motivo por otro, siempre acababa descubriendo nuevas sensaciones, nuevas posibilidades, formas distintas de disfrutar de un juego al que me había vuelto enteramente adicto. A pesar del dolor, a pesar de la falta de verdadera dominación que yo deseaba vivir, convertido en un mero banco de pruebas, debo reconocer que gozaba mucho de aquella situación.

Aun así, sería absurdo negar que lo que yo quería era otra cosa. Mi meta era ser el esclavo de una mujer, no sólo el pedazo de carne sobre el que mejoraba sus técnicas de castigo. Encerrado en mi jaula, aguardando el momento de ser usado, soñaba despierto con la posibilidad de ver mis deseos convertidos en realidad.

Y siempre había dos mujeres que tenían un especial protagonismo en aquellas fantasías mías. Se trataba de Lady Úrsula y de Lucía. La institutriz del centro, por su forma de ser, por ese carácter divino del que parecía estar siempre revestida, haciendo de la dominación algo tan natural, tan obvio, que uno no podía siquiera imaginar la posibilidad de no someterse a sus antojos. Elegante, bella, arrebatadora.

De Lucía se podría decir lo mismo. Tal vez incluso se debería hacer más hincapié en su belleza, que tantos años después de nuestro paso por el instituto seguía siendo sencillamente impresionante. Sin embargo, su forma de dominar era distinta a la de Lady Úrsula o, por lo menos, esa sensación me había dado a mí en los breves contactos que habíamos mantenido. Era más directa, más ruda y, seguramente, más sádica. No sé si son manías mías o fue realmente así, pero tengo la sensación que Lucía fue de lejos la mujer que me cabalgó con más ímpetu la noche de la clase magistral de la señora de la escuela sobre el uso del arnés consolador.

Y el rechazo al que me había condenado posteriormente, con la humillante escena vivida en la perrera, me demostró que era una mujer francamente retorcida, que disfrutaba muchísimo condenándome a ese ostracismo que quemaba mi ser con más fuerza que cualquier latigazo.

Pero precisamente era eso lo que más me atraía de ella. Sin saberlo o tal vez sabiéndolo perfectamente, su desinterés por mí, su dulcemente perversa forma de ignorarme, hacía crecer en mi interior un deseo mayor todavía de servirla.

Por otro lado estaba Lorena. Ella nunca aparecía en mis sueños de servidumbre, sino sólo en mis pesadillas. Con el tiempo había aprendido a temerla más que a nadie en toda la escuela. Y eso que había mil y un momentos en los que el miedo estaba más que justificado: por ejemplo cuando una dominatriz novata, sin experiencia previa, aprendía a usar el látigo sobre mi espalda. O cuando otra decidía experimentar cuán difícil podía ser penetrar mi culo sin usar lubricante alguno. O cuando alguna quería saber qué efecto produce arrancar de forma salvaje unas pinzas metálicas de cualquier parte de mi cuerpo.

Aun así, la señora Lorena era la que se llevaba la palma a la hora de provocar en mí –y creo que en el resto de mis compañeros de jauría- un sentimiento más grande de temor. Sabíamos que era una sádica sin escrúpulos, que disfrutaba tal vez más que cualquier otra de las mujeres que pasaban por el centro provocando dolor. Sabíamos también que acostumbraba a estar de mal humor y que le encantaba descargar su ira sobre nosotros. Y podíamos intuir, por el trato que nos dispensaba, que nos despreciaba a todos. A diferencia de Lady Úrsula, que nos brindaba de vez en cuando una palabra de ánimo o nos mostraba su satisfacción por nuestra conducta, concediéndonos de este modo el mayor premio al que podíamos aspirar, Lorena se mostraba siempre irascible, agresiva, intratable.

Y para mi desgracia, siempre que yo estaba soñando con mis idolatradas Lady Úrsula y Lucía, era Lorena la que venía a abrir mi jaula. Solía hacerlo para ponerme a disposición de alguna clienta, cosa que yo acababa agradeciendo, puesto que las veces en que venía sola a buscarme era para castigarme ella misma y eso, como ya he explicado, no era algo que me resultara especialmente estimulante.

Sin embargo, una de las noches en que estaba metido en la jaula esperando ser asignado a la dómina que requiriese mis servicios, mis sueños se hicieron realidad. Lorena entró en la sala –había aprendido a identificar el fuerte y amenazante ruido de sus tacones-, pero no lo hizo sola. Pronto pude ver ante mí las botas negras de la pelirroja y unos delicados pies cubiertos por unas medias negras y unos zapatos de un tacón altísimo que revelaban el carácter marcadamente dominante de quien los calzaba.

-Hoy no lo han usado todavía. Irá bien para sus propósitos.

-Desde luego. Que se vista. Lo esperaré en el vestíbulo.

Me sentí desconcertado. Nunca antes ninguna mujer me había hecho vestir. Tal vez quisiera ser ella misma la que me arrancara la ropa y por eso quería que la tuviera puesta. Como ya he dicho, en esta escuela uno nunca deja de sorprenderse. No obstante, no era esto lo que más me había llamado la atención. Había algo más, algo que apenas me atrevía a pensar. Me había dado la impresión de que conocía esa voz... y no sólo eso... esa voz era... no, no era posible que lo fuera... ¿sería de verdad la voz de Lucía? ¿Habrían llegado a los oídos de esa Diosa mis silenciosas súplicas de entrega?

Lorena me arrastró fuera de la jaula y, dándome una patada en el culo, me ordenó ir a vestirme primero y dirigirme al vestíbulo después. Me puse la ropa apresuradamente, excitado como nunca ante la posibilidad de estar a los pies de Lucía, pero tratando de frenarme a mí mismo, prohibiéndome en la medida de lo posible concebir ilusiones que pudieran después tornarse en decepciones. Al fin y al cabo, no podía olvidar la forma tan cruel en que me había rechazado la última vez.

Cuando llegué al vestíbulo pude confirmar que, por lo menos, no me había equivocado al identificar su voz. Una rápida mirada furtiva me permitió, antes de bajar la cabeza como era mi obligación, ver que era Lucía la señora que se había interesado por mí.

Lady Úrsula, que también estaba presente, se acercó a mí y me explicó cuál era la situación.

-Esta señora, que no sólo es clienta habitual de la escuela sino también una buena amiga mía, quiere usarte esta noche. Pero no te quiere para una sesión como las que normalmente has ido teniendo aquí. Te quiere para toda la noche y te quiere para llevarte a su casa. ¿Te supone eso algún problema?

-No, Lady Úrsula.

-Bien, así me gusta. Espero no tener ninguna queja sobre tu comportamiento.

-Estoy segura de que no me decepcionará –intervino Lucía usando un tono dulce que a duras penas escondía el sentido perverso de la frase.

-Más le vale no hacerlo –remató Lady Úrsula-. Si lo hace, será severamente castigado. Lorena se encargará de ello.

Con esta última amenaza grabada a fuego en mi mente, salí de la escuela siguiendo a la que iba a ser mi ama durante toda la noche. ¿Podía considerarla mi ama? ¿Iba a ser verdaderamente eso, aunque sólo de forma temporal, y no una más de mis torturadoras?

Me indicó cuál era su coche, un Audi negro que brillaba en la oscuridad, y me ordenó subir.

-Hazlo detrás, irás conmigo.

Aquella frase me desconcertó un poco, pero una vez dentro, pude ver que había un hombre sentado al volante. El Audi ya me había impresionado, pero lo del chofer me dejó sencillamente sin habla. Para haber pasado por el mismo instituto, era evidente que la vida nos había ido de forma muy distinta a Lucía y a mí. Y no sólo por el hecho de que ella fuera mi Diosa y yo, a duras penas, aspirara a ser su siervo.

Durante el trayecto, Lucía me hizo varias preguntas sobre mí, centrándose todas ellas en mi sumisión. Quiso saber cómo, cuándo y por qué me había empezado a sentir atraído por estas prácticas, qué experiencias había vivido, cómo había llegado a formar parte de la perrera de la escuela, qué sensaciones había vivido allí...

Yo le fui respondiendo con sinceridad, aunque sin entrar en muchos detalles. Bastante nervioso estaba ya como para poder meditar bien mis respuestas. Sin embargo, las últimas preguntas eran auténticos dardos que buscaban clavarse en lo más profundo de mis pensamientos.

-¿Qué sentiste al saber que tu antigua compañera de instituto era la mujer que te estaba partiendo el culo?

-Vergüenza, pero también excitación.

-¿Esperabas que volviera a usarte?

-Sí, señora.

-No lo digas sólo porque piensas que debes decirlo. Dime la verdad.

-Lo esperaba, señora.

-¿Qué pensaste cuando no fuiste el elegido la siguiente vez que visité la escuela?

-Pensé que usted era libre de elegir a quien quisiera.

-Muy diplomático. ¿Te jodió no ser tú?

-Sí, señora.

-¿Te cabreaste conmigo?

-Sí, señora.

-Pobrecito. Y desde entonces, ¿me has odiado o me has deseado?

-La he deseado, señora. La he deseado mucho.

-Entonces alégrate. Estás en mi coche y, fíjate, estamos llegando ya a mi casa. Seguro que es más de lo que esperabas.

En efecto, era mucho más de lo que podía haberme atrevido a soñar. Me sentía como transportado al cielo cuando atravesábamos la puerta del chalé, aunque poco sabía en ese momento que la velada me depararía aún muchas más sorpresas.

La primera se produjo cuando se quitó el abrigo que en todo momento había llevado puesto y apareció ante mí el vestido de dómina que todo esclavo sueña ver alguna vez. La señora Lucía iba enteramente vestida en tonos negros: corpiño de cuero negro, minifalda de brillante látex negro, medias semitransparentes negras y los ya comentados zapatos negros de tacón alto.

Me quedé embelesado contemplándola, preguntándome si podía ser verdad lo que estaba viendo. ¿Acaso me había tocado la lotería de los sumisos y aún no me había enterado? Contemplé su cuerpo perfecto en todo su esplendor, realzado por la hechizante vestimenta de dominatriz que lo cubría y embellecía, que lo subía a un pedestal para que yo lo adorara. Podría haberme pasado el resto de mi vida quieto, sin mover ni un solo músculo, convertido en una estatua viviente dedicada únicamente a disfrutar del placer inmenso que me provocaba aquella visión.

Ella se acercó a mí. Sus tacones arrancaban gemidos al frío suelo a su paso, su perfume se hacía más intenso, su sonrisa diabólica me poseía y, en ese momento, su mano estalló contra mi mejilla.

-¿Se puede saber por qué me has mirado a los ojos? ¿Cómo te atreves?

-Perdón, señora –respondí torpemente al verme despertado de mi sueño de una forma tan abrupta.

-Vamos, desnúdate, perro inútil –me ordenó a gritos.

Yo la obedecí apresuradamente y en unos segundos estuve totalmente desnudo, con mi ropa en la mano, esperando la siguiente orden. Ella me dio entonces un golpe sobre la ropa, haciendo que se cayera al suelo, y me ordenó ponerme de rodillas.

-Quédate ahí y no te muevas. Cuando sea el momento de usarte, ya te llamaré.

Me dio entonces la espalda y yo, desafiando al cruel destino que me aguardaba si mi señora Lucía me pillaba en falta, levanté los ojos para contemplar cómo sus deliciosas piernas se alejaban hacia el centro de la sala. Dio un par de palmadas y, al momento, otro hombre entró en la habitación. Al igual que yo, iba totalmente desnudo salvo por el collar de perro que llevaba alrededor de su cuello y el artilugio de plástico que cubría sus genitales. Posteriormente sabría que se trataba de un cinturón de castidad, un modelo llamado CB 6000 que, al parecer, causaba furor en el panorama de la dominación femenina. En aquel momento, sin embargo, no pude identificar qué era ni para qué servía.

Estudí al hombre y pude reconocer su rostro. Aunque lo había visto sólo parcialmente, casi podría asegurar que era el mismo que había conducido el coche en el que habíamos venido, cosa que tendría su lógica: ese tipo era el esclavo de Lucía, el perro que ocupaba el lugar que yo soñaba ocupar. Sentí envidia, rabia, odio y un montón de cosas más hacia aquel hombre, sin ser ninguna de ellas nada positiva. Era, por otro lado, un ejemplar corriente. Estatura media, complexión media... no destacaba en nada ni por encima ni por debajo de lo que podríamos considerar el hombre medio.

-Enciéndeme un cigarrillo –le ordenó Lucía.

Él se lo encendió y, al instante, se arrodilló frente a ella con la boca abierta. Lucía paseó por la habitación distraídamente, mirando una cosa aquí y otra allí, mientras su esclavo la seguía por todas partes, manteniendo la postura. De vez en cuando, ella le echaba ceniza en la boca y seguía después fumándose el cigarrillo, tranquila al saber que en todo momento dispondría de

su cenicero humano estuviera donde estuviese de la habitación. Era evidente que aquel tipo estaba ya bastante bien amaestrado.

Cuando se cansó de aquel juego, la señora se sentó y le ordenó al esclavo hacerle un masaje en los pies. Él se entregó concienzudamente a aquella tarea, pidiendo antes permiso a su señora para quitarle las medias y los zapatos. Ante la aprobación de Lucía, el esclavo desnudó aquellos pies divinos y aquellas piernas perfectas y le realizó un masaje que ella pareció disfrutar mucho, puesto que se recostó cómodamente en el sofá, cerró los ojos y dejó que sólo su piel se mantuviera activa para gozar de las atenciones que estaba recibiendo.

Yo debí reconocer que el otro esclavo tenía su técnica, cosa que me hizo poner más furioso todavía, al hacerme pensar que, seguramente, llevaría ya mucho tiempo masajeando aquellos pies, cumpliendo aquel encargo que a buen seguro recibía muy a menudo. No puedo negar que de nuevo me sentí frustrado: ¿para qué me había llevado hasta allí Lucía?, ¿para ver cómo era otro el que la adoraba y servía?, ¿de nuevo había decidido jugar con mi deseo para humillarme con su rechazo?

Durante casi dos horas, ella siguió con aquel juego. Sin dirigirme la palabra, sin mirarme si quiera, disfrutó de conceder a su esclavo el privilegio de llevar a cabo todo tipo de servicios que yo hubiera hecho encantado. Le masajeó otras partes del cuerpo, besó sus pies durante un largo rato, le sirvió de reposapiés, le preparó un combinado y, finalmente, le dijo unas palabras que se clavaron en mí como un hierro candente.

-Te has portado muy bien esta noche. Vamos al dormitorio, porque todavía tienes que hacer algo por mí. Tienes que darme placer.

El rostro del esclavo se iluminó y supongo que el mío se descompuso. Lucía, que seguramente lo tenía todo calculado al milímetro, se dirigió entonces distraídamente a mí, como si justo en ese momento hubiera advertido la presencia en la sala de ese sumiso con cara de bobo que llevaba dos horas arrodillado e ignorado.

-Siervo, acompáñanos. Aprende cómo se da placer a una mujer.

Más humillado todavía, seguí a la señora de mis sueños y al esclavo que me los robaba hasta el dormitorio. Lucía se quitó la falda y el tanga que llevaba debajo de la misma y se echó sobre la cama con las piernas bien abiertas.

Yo me quedé de nuevo inmovilizado ante aquella visión, incapaz de apartar mis ojos de lo que estaba viendo: un monte de Venus cuidadísimo que encerraba el objeto de mi deseo, los labios que más deseaba, el sexo que me sometía en la distancia. De pronto, una voz rompió el hechizo al que me veía ligado.

-Siervo, ¿debo darte otro bofetón para recordarte que debes mirar al suelo?

Inconscientemente, mis ojos se dirigieron entonces al rostro de mi señora, que estaba presidido por una maliciosa sonrisa.

-Perdón, señora –respondí mientras bajaba la cabeza.

-Aunque... pensándolo bien... -añadió ella- tal vez no sea tan mala idea que veas esto. Sí, está bien. Te permito ver lo que ocurrirá en esta cama. Puede ser muy instructivo para ti, por si algún día una mujer decide usarte para su placer.

Cada una de sus palabras me hería más que la anterior, como también lo hizo ver cuál era la siguiente orden que le daba a su esclavo.

-Cómeme el coño, perro.

Se notaba en Lucía que estaba tremendamente excitada y, por ese motivo, dejándose de juegos y parafernalias, sólo quería tener la cálida lengua de su esclavo trabajando intensamente en la búsqueda de su placer. El cuerpo que yo tanto idolatraba se convulsionaba, su garganta emitía gemidos y gritos de distinta intensidad y su mano, nerviosa, agarró una fusta con la que ir marcando el ritmo a su perro o, sencillamente, descargar la adrenalina acumulada sobre la espalda del sujeto.

Una breve cadena de intensos gritos anunció la llegada del orgasmo, que la señora acompañó de una descarga de fustazos que el esclavo aguantó con resignación. Después, apartó la cabeza del perro y se quedó tumbada unos instantes, recuperando poco a poco la calma y el ritmo respiratorio normal. Cuando lo hubo hecho, se dirigió a su esclavo.

-Lo has hecho bien. Tu ama está contenta.

-Gracias, mi ama. Yo también estoy contento de servirla.

-Ha sido un buen orgasmo y esto me recuerda algo. ¿Cuándo tuviste tú el último?

-Hace un mes y medio, señora.

-¿Un mes y medio? Eso es mucho tiempo. Demasiado tiempo para estar privado de algo tan bueno como esto, ¿no te parece?

-Usted decide cuándo puedo tenerlo, mi ama, no me corresponde a mí elegirlo.

-¿Te gustaría tener uno esta noche?

-Sí, ama, me gustaría mucho –en la voz del esclavo se apreciaba la ansiedad lógica de ver la posibilidad de conseguir un orgasmo después de todo aquel tiempo de tenerlo denegado.

-Está bien. Hoy te lo concedo. Es más, vas a tener un premio especial. No tendrás que hacértelo tú, como es habitual.

Lucía se llevó entonces la mano a la cadena de oro que llevaba colgada del cuello y se la quitó. Pude ver entonces que, colgada de ésta, había una pequeña llave que la señora dirigió al aparato de plástico que el esclavo llevaba sobre el pene. La puso en una cerradura que tenía aquel instrumento y, al momento, éste se abrió. El sumiso se mostró aliviado al poder tener su miembro, que estaba semierecto, liberado de la angustia que le debía de provocar aquel reducido espacio, y se puso más que contento cuando notó la mano de su ama acariciándose.

En apenas unos segundos, su polla estaba tan dura como una piedra y Lucía dejó de tocarla al instante, advirtiéndome el riesgo de que su esclavo, después de tanto tiempo de privación, no pudiera aguantar más y se corriera sobre sus dedos.

-Dime, siervo, ¿has chupado alguna vez una polla?

La pregunta me pilló desprevenido, dejándome totalmente fuera de juego. Aun así, pude responder que no, que nunca lo había hecho.

-Pues ya va siendo hora de que lo hagas. Mi esclavo necesita urgentemente conseguir un orgasmo y, ya que tenemos aquí a una puta como tú, no tiene ningún sentido que tenga que provocárselo él mismo con la mano. Acércate.

Yo no entendía nada. Nunca había hecho algo como lo que ahora se me ordenaba, ni siquiera me había planteado la posibilidad de tener que hacerlo algún día. Yo quería servir a Lucía, pero a ella, no a su esclavo. Quería adorar su sexo, buscar su placer, no el de aquél ni el de cualquier otro hombre.

-Más te vale obedecerme, estúpido –añadió ella al ver que no me movía-, o tendré que castigarte yo y pedir a Lorena que lo haga también ella cuando estés de nuevo en la escuela.

Las perspectivas no podían ser peores: dos castigos, uno por parte de Lorena, y el disgusto de mi soñada Lucía. Y la alternativa me resultaba repugnante. No me apetecía nada meterme en la boca el sexo de aquel tipo y, además, no me gustaba la idea de que Lucía me hubiera llevado hasta allí sólo para eso, sólo para rebajarme tanto. Una rabia fortísima me quemaba por dentro, pero no fue lo bastante fuerte para impedir que mis rodillas empezasen a avanzar hacia donde estaban el ama y su esclavo, ni tampoco para evitar que mi boca se abriera y acogiera en su interior el sexo duro, caliente y ya húmedo del hombre que ocupaba el lugar que yo tanto anhelaba.

Venciendo la repugnancia inicial, moví mi cabeza con esmero, tratando de acabar con aquello lo antes posible, cosa que no fue difícil debido a las ansias que el esclavo tenía de descargar toda su frustración acumulada durante mes y medio de castidad forzada. Así que la descargó rápidamente, pero en abundancia. Cuando sentí aquel líquido caliente y espeso inundando mi boca tuve que abrirla y dejarlo caer al suelo, en lo que fue una reacción instintiva que me valió un duro fustazo en la espalda.

-Me estás ensuciando el suelo, estúpido. Asegúrate de que mi esclavo está satisfecho ya con su premio y, después, límpialo todo con la lengua.

Entendiendo que había caído todo lo bajo que se podía caer, me dejé llevar y cumplí todas aquellas órdenes. Terminé de dar placer a aquel esclavo hasta que su corrida fue definitiva y, después, lamí con cuidado todo su sexo y recogí con mi lengua todo el líquido que había caído al suelo.

Cuando estuvo todo tal y como Lucía consideró óptimo, invitó a su esclavo a meterse en ella en la cama y me ordenó a mí acurrucarme a los pies de la misma.

-Mañana por la mañana podrás irte, siervo. Esta noche prefiero que te quedes aquí por si necesito algo más, que no quiero cansar más a mi esclavo.

Pero no lo hizo. No requirió mi atención en toda la noche, a pesar de lo cual no pude dormir en ningún momento, en parte por la esperanza de ser usado y en parte por el vivo recuerdo de todo lo vivido durante aquella dura velada. De nuevo me había ignorado y de nuevo lo había hecho de la forma

más cruel, decidiendo finalmente humillarme tanto como le había sido posible. Recordé la pregunta que me había hecho en el coche y volví a formularla para mis adentros. Me pregunté a mí mismo si la odiaba o la deseaba. Quise responder que la odiaba, pero no pude. La verdad era que, a pesar de todo lo ocurrido, o tal vez gracias a todo lo ocurrido, la deseaba.



<http://www.mercadosm.com>